

"... Romper la vida como algo ligero y frágil que se encuentra en un escaparate"



La herida sobre los escaparates

"... Sobre el cristal de los escaparates descubrí una línea distorsionada y confusa. No era astilladura. Más bien parecía ser una herida. Era eso. ¡Los escaparates estaban heridos!"

La lluvia cesó. El agua estancada en las cornisas y retenida entre el follaje de los árboles urbanos chorreaba sobre la ciudad desde muy alto. Los vidrios de los automóviles aparecieron húmedos y turbios, y tras ellos el rostro de los tripulantes se distinguía borroso, deforme. Como espionando desde el otro lado de la edad perdida. Con la mirada triste y extraña de fetos de cristal, inmersos en el pasado. Asomando su mirada al través de la burbuja de su principio vital.

Cesó la lluvia. Ante el deprimente tiempo extinguido, el compuesto mineral del vidrio comenzó a decaer. Esa materia cortante; hiriente. Materia de los hombres frágiles.

Decidí que lo mejor era marcharme de la ciudad indiferente. Olvidar sus culpas y sus catedrales del odio, sus palacios y santuarios del rencor y el olvido. Donde se origina la distancia cartesiana del desenlace; el espacio que media, que se interpone, entre nosotros y el ser amado. Esa persona que, como persona, se convirtió en una necesidad, la necesidad social, afectiva, psicológica, o como le quieran determinar. Esa persona que inesperadamente se nos parte como un pedazo de ventana, de

horizonte. Cuando las manos se hieren y más tarde la herida se cristaliza y sigue creciendo hasta el fondo de la sangre. Hasta la orilla del torrente esencial y profundo.

Pensé regresar a San Rafael. El pueblo de casas pintadas con lechada de cal y de tejados recubiertos por fina hierba. El lugar de origen. Allí seguía viviendo mi hermana Teresa. Me escribió muchas veces pidiendo que la visitara. Raras ocasiones quise hacerlo. No me preocupó su artritis ni suternura hacia mí. Ese cariño que como hermana mayor siempre me tuvo desde que éramos niños. Desde antes de comenzar a crecer como espigas que se alzaban hacia la extinción. La extinción familiar. En fin, nunca me importó acercarme a esa huella, a esa sombra de familia. Interesaba más la ciudad, un contrato o una sesión de productores.

Hoy era diferente. Tarde o temprano nos acobardamos ante la vida, caemos rendidos, y comenzamos —como el caracol, el agua, o como el fuego— a encogernos para regresar a nuestro principio. Y ver desde allá cómo la estrella se hace trizas en el mar, destruyendo las ciudades que inventamos, aunque no hayan nacido aún.

Hoy sin embargo, Teresa significaba para mí la única ruta hacia dónde ir. La ciudad me recordaba a cada instante la culpa y se tornaba insoportable. Mi grande culpa: romper como a una pieza de frágil porcelana al ser amado. Craso error, como el error de Dios o de la tecnología al haber permitido el cristal en la in-

vención industrial del hombre, de la sociedad. Romper la vida como algo ligero y frágil que se encuentra en un escaparate. Distorsionando la luz, pero que al fin es la artesanía de nuestra esperanza, de un sentido importante de vivir. Después, arrepentirnos —sufrir y castigarnos— sobre las trizas de la sílice, la sosa y la potasa conque estaba hecho el ser que amamos.

Nada remediaría escribir luego una carta a la Brithish Glass Company, informándoles sobre una triste historia personal llena de fracaso. El referirles el colapso mercantil; la fractura y ruptura que como muñecos se nos formó dentro, en el núcleo, en el corazón de la estructura biofísica, que pudo haber sido estudiada por cualquier naturalista.

¿Qué más agregar? Nada importaría mi conmoción a la casa productora de vidrio, puesto que la carta en sí tendría un carácter personal y no comercial...

Sin embargo, aquella materia industrial —aunque nadie supiera de nuestro dolor— había decaído estrepitosamente.

Me despedí del barrio comercial. Detenido ante los ventanales de los comercios descubrí algo. Algo que me estremeció. Sobre el cristal de los escaparates se había formado una línea distorsionada y confusa. No era astilladura. Más bien parecía ser una herida. Se trataba de una herida. ¡Los escaparates estaban heridos!

Por
Carlos
Balaguer

Filosofía, Arte y Letras

Pizarrón

Los demás y el poder

Por Arturo Usler Pietri

En una de aquellas breves notas que, en las primeras horas de la mañana, escribía diariamente Paul Valery, como síntesis de su infatigable pensamiento y de su curiosidad universal, sobre los temas más diversos, aparece esta penetrante y casi paradójica afirmación: "Un jefe es un hombre que necesita de los demás".

En su deslumbrante y clara sencillez es tan asombrosa y rica de contenido que termina por ser difícil de comprender en toda su significación. No desarrolla Valery su tema. Era solamente aquella observación, aquel inesperado aspecto que presenta de pronto bajo otra luz una realidad que se tenía por conocida, lo que parece interesarle. Con su menuda letra, en la soledad silenciosa del amanecer, quedaba allí para más adelante o para más nunca, aquella revelación perturbadora y acaso cruel, en el mismo sentido en que él llamaba en uno de sus grandes poemas "cruel" a Zenón de Elea por la famosa e inagotable paradoja de la flecha disparada que, sin embargo, está quieta en cada uno de sus instantes, que fue lo mismo que veinticinco siglos más tarde, con menos penetración, pero con resultados mucho más prácticos, encontraron los inventores del cinematógrafo.

Se necesitaba ser aquella fina e incisiva máquina de entender y penetrar que era la inteligencia de Valery, para caer tan atinadamente sobre aquella contradictoria verdad.

Los historiadores, los sociólogos y las muchedumbres enardecidas, para no hablar de los pintores de género y de los autores de grandes dramas de época, han mirado siempre al jefe como el guía, como la personificación de la historia, como aquel que la mayoría de los hombres sin rumbo y sin luz necesitan para salir de la oscuridad y encontrar el camino de salvación.

Se requería de una mentalidad tan duramente antiromántica para desmontar de una mirada todo el teatro histórico del romanticismo y toda la decoración heroica que tanto había complacido a Shakespeare o a Byron o a Víctor Hugo. Si un pensamiento semejante hubiera caído sobre el papel en que Carlyle escribía su obra sobre los héroes lo hubiera hecho saltar horrorizado, como si una araña venenosa hubiera aparecido entre sus manos.

Tal vez para llegar hasta su paradoja le bastó a Valery un simple cambio de perspectiva. Todos veían la pirámide desde abajo o desde arriba, él, simplemente, con su mirada segura le hace un corte horizontal, y encuentra sorpresivamente que el hombre de poder es precisamente aquel que nada puede sin los demás. Tenía que ser un descubrimiento típico de intelectual, de ser hecho al solitario juego del pensamiento. ¿Para qué necesitaba Zenón de los demás para expresar su paradoja? Tal vez, más bien, los demás con su cúmulo de ideas recibidas podían estorbarle para hallarla. ¿Para qué necesitaba, a la hora de escribir su "Kubla Kan", de los demás un hombre como Coleridge? Más bien por culpa de los demás, o por lo menos de aquel que tan intempestiva e irreparablemente vino a interrumpirlo en el momento en que el poema se iba formando milagrosamente ante sus ojos, no tenemos hoy sino un fragmento de aquel prodigio de creación verbal.

Es, en cambio, cierto que sin los demás no tendríamos en el pasado ni a Alejandro, ni a Augusto, ni en el cercano presente a Hitler o a Stalin. No hubieran podido hacer nada de lo que hicieron sin los demás. Fueron los demás quienes les proporcionaron la fuerza y la posibilidad para realizar sus temibles proyectos.

No es, naturalmente, Paul Valery el primero que haya observado esta paradoja del poder. Cómo a diferencia del artista y del pensador el jefe es el hombre que necesita de los demás y que, en gran parte, es hecho por los demás. Esteban de la Boetie, el amigo de Montaigne, había escrito en el siglo XVI que el tirano era más poderoso que todos los demás hombres porque éstos precisamente le daban sus brazos, sus ojos, sus oídos y sus voces para que pudiera sobrepasar aparentemente los límites de su condición humana.

Mucho se ha escrito desde entonces sobre la naturaleza del poder y sobre las contradictorias características del fenómeno de la autoridad, que es el fenómeno político por excelencia. ¿Por qué uno o muy pocos mandan y los demás les obedecen? Desde la tribu primitiva hasta los modernos Estados. Los antropólogos, los psicólogos y los sociólogos tienen muchas respuestas, poco coincidentes, que van desde la magia hasta la economía.

Pero se necesitaba tropezar de pronto con Paul Valery para caer sorpresivamente en aquello. Simplemente porque él no explica sino que halla, que es lo propio de los poetas. Y dice lo que en otras formas muchas veces habíamos oído, pero que de pronto nos parece que así, con toda su avasallante significación total, nadie lo había dicho.

Esto no hace que el jefe valga menos, ni que los demás valgan más, esto no hace sino revelar de nuevo, y de un modo inquietante, uno de los misterios que hacen la inagotable riqueza del hombre.